

## Escritores, revolución y cultura en América Latina

Óscar Collazos

1971-6

Páginas 138-148

¿Cómo abordar el tema Revolución y Cultura en la América Latina, sin caer en el discurso político, excluyente de otro análisis, o en la pura retórica literaria? ¿Cómo particularizar, en este texto, la actividad revolucionaria de los escritores latinoamericanos (ante todo novelista, poetas, dramaturgos, es decir, autores de “ficciones”), pretendiendo ubicar su actividad en la totalidad de una Cultura y en los fines de la revolución, inminente a escala continental? Como tal, el tema nos plantea opciones. Cualquier respuesta corresponde a la escogencia de una opción, que a su vez es la proyección de una voluntad militante o, mejor, de una necesidad militante.

Demos por anticipado un hecho ético si hablamos de Revolución y Cultura es porque, desde ahora, una y otras nos interesan como práctica, DESDE Y MAS allá de nuestro trabajo de escritores. La primera noción, la del escritor, nos ha venido del ejercicio de ciertos privilegios sociales: somos una minoría letrada que continúa una tradición, es decir, la minoría que se lanza a la aventura de crear formas y expresiones culturales en sociedades que cortan verticalmente a CREADORES y CONSUMIDORES.

En cierta medida, el análisis de Umberto Eco podría definir parte de este mecanismo cultural.

La sociedad medieval estuvo siempre organizada de forma que una clase producía una cultura elaborada a su propia medida y la comunicaba (ya fuera empleando imágenes o por medio de la predicación en una iglesia desnuda y severa) a las clases subalternas, a las que no competía la elaboración de la cultura ni la responsabilidad de las cuestiones públicas<sup>1</sup>.

Aclaremos la sociedad medieval está a siglos de nosotros. Sólo que, en alguna de sus formas, sobrevive tras ese proyecto complejo de nuestra conquista y la subversión precapitalista de nuestra independencia (D). No somos una clase social (los escritores), ni los templos que sirvieron a Calderón de la Barca son los nuestros. Esos templos, en nuestro tiempo, son arrebatados a la jerarquía eclesiástica, por una minoría subvertora, para rescatarle su papel reivindicativo y “cristiano”.

---

<sup>1</sup> Eco, Umberto: Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas. Ed. Lumen, Barcelona, 1969, p. 219

La contradicción más flagrante es que no siendo clase dominante ni hablando desde la complicidad del STATUS QUO, somos una minoría letrada, productora de mensajes y signos culturales que no se transfieren más allá de reducidos grupos que han entrado a gozar de la escritura. Pero, en este privilegio, también existen sus niveles. Miles de hombres “letrados” entran a la “cultura” bajo sus formas más alienantes: la prensa reaccionaria, dirigida por los intereses financieros de nuestras grandes ciudades; la televisión comercial o estatal, reproductora y difusora de mensajes oficiales o de propaganda embrutecedora; los folletines románticos, difusores de modelos sentimentales cargados de significación clasista; las historietas de aventuras, adelantando la defensa de empresas colonialistas o de poderes excepcionales depositados en una raza o en alguna nación con “destino manifiesta”. En una palabra, entre la minoría que selecciona su propio consumo cultural hay dos bloques mayoritarios bien definidos el uno vive condenado a la ignorancia, el otro al embrutecimiento de su precaria alfabetización ese precario instrumento de conocimiento que le ha sido dado en la escuela es orientado hacia la sistemática “indoctrinación” de su conducta diaria, y en última instancia, hacia la formación de una ideología que tanto en los países “avanzados” como en los explotados revive formas de banalización, cuando no

claras formas de “zombificación”,<sup>1</sup> y pasividad en los últimos.

Somos una minoría que, a su vez, a pesar de ensancharse tras el desarrollo de modernas formas de producción y distribución industriales, se corta verticalmente de esas dos mayorías. No olvidemos que sólo ellas han hecho posible, en sus diferentes formas subversivas, el comienzo de un proceso revolucionario y sólo ellas decidirán su afirmación definitiva. Será un lugar común repetirlo pero nuestras formas de conspiración — desde el libro o desde la masturbación de una conciencia que no transfiere sino que se hace viciosa en su falta de práctica y acción— no sólo son toleradas sino encauzadas: nuestro lenguaje político se vuelve abstrac-

---

1 René Depestre ha preferido la utilización de este concepto al de “alienación”, en un reciente Festival Africano de Cultura, realizado en Argelia: “Habitualmente se recurre al concepto de alienación para calificar esta pérdida fantástica de sí mismo, inherente a la situación colonial ( ) Me animo a proponer otro instrumento, que en mi opinión es más aplicable al caso que nos ocupa: el concepto de zombificación. No es casual el hecho de que exista en Haití el mito del zombi, es decir, el muerto-vivo, el hombre a quien le han robado su espíritu y su razón y le han dejado sólo su fuerza de trabajo ( ) Según este mito, estaba prohibido poner sal en los alimentos del zombi, pues el condimento podría despertar sus facultades creadoras La historia de la colonización es como un proceso de zombificación generalizada del hombre” Revista Casa de las Américas, La Habana, N? 58, p 27, 1970

ción, nuestros privilegiados juegos de conciencia entran a un mecanismo que las clases dominantes miran con desafección y, muchas veces, hasta con complacencia.

Ahora, entonces, (quitémonos las máscaras): la Revolución no es una abstracción ni la Cultura una disciplina inocua que parasita a su sombra.

Razón tenía Sartre cuando, hablando de Franz Fanon, afirmaba que “su verdadera cultura es la Revolución” Fanon, como Che Guevara, Camilo Torres y tantos otros de nuestros mártires revolucionarios, respondieron a esta exigencia: su auténtica cultura estuvo marcada siempre por su intransigente militancia.

Hablar de Revolución es decirnos Aquí estamos, desde cualquier nivel o desde cualquier actividad, dispuestos a hacerla posible. Es decir: seremos militantes desde la Cultura, aún renunciando al precio de nuestras afebradas búsquedas expresivas, o no tendremos más razones para que en nuestras páginas se escurra, pudorosa como una virgen una palabra extraña a nuestra acción cotidiana

Otra máscara: —¿Cuál Cultura? La que elaboramos, con nuestro lenguaje y nuestra experiencia, hombres mistificados, refinados y traumatizados por violentas transculturaciones, para imponer luego como producto susceptible de

mercado? ¿La bella y conmovedora novela? ¿El desgarrado poema? ¿El aristocrático óleo? ¿El bien intencionado grabado político que acabará expuesto en una sala de exposiciones patéticamente vacía o en el cuarto del pequeño burgués que lo adquirirá para darle un destino precario en su ambición de poseer, él también, lo que siempre poseyó la alta burguesía, es decir, poseer otro de sus símbolos de poder?

Aclaremos: hablemos como creadores de “mensajes” problemáticos, desde una tradición letrada, frente al orden constituido, contra sus instituciones y su historia desfigurada. En esta condición problemática y crítica lo que nos diferencia de las demás expresiones tranquilizantes o embrutecedoras de la cultura oficial. Nuestro poema, nuestra novela o nuestra pieza teatral, testimonian —desde la perspectiva crítica de la antiélite— un malestar, un desajuste evidente entre el aparato dominante y su intelectualidad. Pero también, en el momento actual, una ruptura se evidencia: la paulatina creación de una cultura de “provocación” que despojándose de la vieja autonomía de la producción literaria, se da en términos de “intolerancia”<sup>2</sup>. Esta intolerancia empieza a poner en entredicho conceptos que,

---

2 “La lucha de una cultura de provocación (.) contra una cultura de entretenimiento se entablará siempre a través de una tensión dialéctica hecha de intolerancias y reacciones violentas” Umberto Eco, *Ibidem*, p 70.

al menos en relativos períodos de parálisis social, tenía su razón de ser. Uno de estos conceptos, el de Escritor, cargado todavía de significados románticos, tiende a ser insuficiente. Su complemento estaría en la necesidad de tomar conciencia de un hecho: la creación literaria, en el actual estado de los países explotados y neocolonialistas, se halla mutilada en las dificultades de comunicación o en el estrecho marco de circulación que le asigna una estructura de clases. Así, habrá necesidad de enfrentarse a otro concepto, el de Intelectual, como inseparable del primero. Y este concepto trae, inevitablemente, la disposición no sólo de nuestra conciencia individual sino la necesidad de provocación de la conciencia colectiva, fuera del marco específico de la comunicación escrita.

Y ello plantea otro problema este hombre que sale de su estudio, que va más allá de sus libros, que se desplaza hacia los sindicatos, los barrios populares o los grupos subvertores para establecer un contacto real con las bases; este hombre que no rehúsa sino que asume la organización militante (renunciando a su pasado individualista y sacralizado); este hombre debe hablar desde una perspectiva de clase, transformar su lenguaje cerrado y exclusivo, él mismo tener la convicción de ser clase oprimida y desde esta conciencia convertir en signos revolucionarios lo que fue símbolo de sus privilegios. Estar en poder de un aparato conceptual,

pero también de un lenguaje que haga posible su transmisión a niveles distintos de la élite. Este hombre tendrá que asumir una nueva cultura, renunciar a la que fue suya y que, posiblemente, tanto ha amado en la soledad de sus libros. Esta nueva cultura apenas sí se describe SE HACE diariamente.

EN EL ACTUAL MOMENTO, varias generaciones de escritores y artistas (productores de mensajes culturales) conviven en un mismo momento histórico el de la expansión mundial del capital monopolista y el terror que esta expansión acoge para su supervivencia, asesorado por los grupos, clases e intereses dominantes nacionales. Estas generaciones, formadas bajo presupuestos culturales, ideológicos y políticos disímiles (unas con los valores de la élite, otras con los de la antiélite subvertora) se mueven bajo un mismo fenómeno: los primeros, con la conciencia de que sobrevivir como intelectuales significa sobrevivir, ya no sólo como testigos, sino como provocadores de conciencia y acción a escalas más amplias de la sociedad. Los segundos entregados a la vergonzosa tarea del poder dominante han dejado de ser intelectuales, no son más que perros guardianes de un sistema que los protege.

No obstante este signo común, los conflictos generacionales han evidenciado conflictos más agudos y considerables. Entre el joven que tenía veinte años cuando triunfaba

el pueblo argelino sobre el colonizador francés y la rebelión cubana contra la dictadura batistiana y el imperialismo norteamericano, y el hombre que tenía cuarenta cuando estos acontecimientos lo sorprendían estusiasado con la sombra de Baudelaire, Valéry y Mallarmé, no se ha abierto un abismo. Simplemente, se ha producido un previsible conflicto cultural. No olvidemos que a los veinte años este muchacho está exponiéndose a la represión de las dictaduras de turno (la de Rojas Pinilla o de Pérez Jiménez) o lanzándose a las calles de Santiago Domingo para defenderse contra la invasión criminal de los usurpadores norteamericanos. No olvidemos que este joven ha empezado su cultura letrada con los ensayos de Sartre sobre el colonialismo, con *LOS CONDENADOS DE LA TIERRA*, la *PRIMERA DECLARACION DE LA HABANA*, el *MANIFIESTO COMUNISTA*, “La historia me absolverá”, las noticias sobre el asesinato de Lumumba o la guerra anticolonial en África y en Asia, o los escritores políticos del Presidente Mao.

Este joven está naciendo a la cultura en un momento en que casi todas sus expresiones letradas están penetradas por signos políticos. Llegamos a la cultura sin pudores. No fue menester nuestro desvirgamiento.

No olvidemos, tampoco, que aquel otro hombre de cuarenta o cincuenta años se ha iniciado en la

cultura bajo sus símbolos más puros ha empezado sacralizando un oficio (el de escritor) o exorcizando un instrumento (su lenguaje) hasta la retórica El Sartre de *¿QUE ES LA LITERATURA?*, en 1948, le indigna. Apenas sabe que mientras los vanguardistas latinoamericanos discutían a Marinetti o encendían velas al “Coup de dés” de Mallarmé un hombre como José Carlos Mariátegui enunciaba y anunciaba el destino cultural, social, político y económico de la América Latina. Estos hombres, formados en la revista *SUR* de Buenos Aires o en *CONTEMPORANEOS* de México, no ven más allá de la literatura: ella es todo. Y siendo para ellos *TODO*, lo será para la humanidad entera. Se han desentendido tanto de lo que no sea literatura que han olvidado el casi 60% de analfabetismo continental o el virtual 1% de su consumidores. Una virtud se les asigna, y con justicia fueron tercos y obstinados en una vocación. Hacían su historia: poética, llena de rejugos, de amores, de batallitas “memorables” la otra Historia no les pertenecía. Es más: rechazaban su posesión:

Es cierto, algunos han leído a Romain Roland, otros a Barbusse, los más a Malraux. Todos el “Manifiesto surrealista” y algunos, en el colmo del refinamiento, han hecho versiones-de-versiones-de-versiones de la poesía clásica china. Eran tremendamente puros. Conspiraban con la imagen ésta se volvía sobre ellos al rebotar contra una

pared infranqueable: la dramática “ignorancia” latinoamericana.

No dejemos de reconocer que tal empresa no dejaba de ser seductora, incluso para las promociones y generaciones emergentes. Para estas, el pasado cultural de sus “mayores” les atormentara quieren ser menos puros que ellos pero entrar en posesión de lo que ellos, en decenas de años, llegaron a acumular. Es así como, el mismo joven tetrado de veinte años, entre 1958 y 1960, asiste a un doble desgarramiento ahí está la cultura enciclopédica o la Biblioteca de Alejandría; Europa los seduce como una virgen, más allá, casi en sus narices, la realidad que le es contemporánea revolución en Cuba, marines en toda la América Latina, guerra de liberación en el sudeste asiático, descolonización en Africa, genocidios en Colombia, República Dominicana y Guatemala, dictadura “vitalicia” en Haití; “pillaje imperialista” en todo el Tercer Mundo.

Hoy, tras la solidaridad verbal o la responsabilidad social asumida por una y otra generación, surgen diferencias agudas, se encuentran en un punto polémico.

Nuestra fe por lo que hasta hace poco se llamó la Cultura no sólo se ha debilitado ha sido sustituida por una voluntad de ruptura que, por momentos, llega a niveles apocalípticos. Pero coincidimos, coincide nuestra desconfianza con un momento en el que la retórica

penetra el campo de las teorías literarias la mistificación de la palabra, la delirante fiesta de un formalismo que vuelve a tentarnos en nombre de la “Ciencia”.

Es más: muchas veces, bajo el nombre de un “marxismo” que no habiéndose puesto en el cuerpo de la realidad (como explicación y motor de transformación) se instala como especulación se nos habla de revolución semántica. Y allí está la puta tratando de seducirnos. Puede llamarse, con su etiqueta de modas, de mil maneras: “Escojan entre Mallarmé y Jacobson o entre sus caricaturas europeas o latinoamericanas”.

—Qué significa el Marqués de Sade para el obrero, estudiante o sargento brasileño torturado?

—Qué quiere decir “estructuralismo” para el muchacho masacrado en Caracas, encarcelado en Montevideo, fetichizado por la “negritud” en Port-au-Prince?

—Qué es el “monólogo interior” para el condenado a veinte años de prisión, acusado de subversión y complot contra las “instituciones” legales?

—Qué quería decir Bataille, Levi-Strauss, TEL QUEL o la NEW YORK REVIEW OF BOOKS para los 18 hombres asesinados este año en la ciudad de Cali, Colombia? El juego continúa:

—“¡Claves para llegar a Jamer Joyce!” “Ensayo en torno a las polémicas de vanguardia!” “¡EL KITSCH en la cultura de masas!” “¡Susan Sontag y algunas especulaciones sobre el camp!”

“LA CABALGATA DE LA INFORMACION”:

SUSCRIBASE A “ZONA ROSA” Y BAILE AL RITMO DE JAMES BROWN, FUMANDO HACHIS IMPORTADO DE MARRUECOS!

FUME MARIGUANA DE MEXICO CITY Y OIGA A LOS ROLLING STONES! LEA EL ULTIMO ARTICULO DE NORMAN MAILER EN “LIFE” UN GRAN ESCRITOR DE NUESTRO TIEMPO DESCRIBE LAS PROEZAS DEL PRIMER HOMBRE EN LA LUNA. PERFECCIONE SU ESCRITURA CON METODOS ELECTRONICOS EL VERTIGO DE LA MODA

—Sade es el Teniente Andrade metiendo un hierro candente en el culo del preso político. Es el comisario Lavalley trayendo la picana.

¿Terrorismo de nuestra parte darle a la acción esta dramática alternativa? No olvidemos que la generación del 900 se la daba al suicidio.

No se trata, pues, de barajar posibilidades. Se trata de asumir opciones. Desde nuestra partida (como hombres de cultura) ya estuvimos viciados de inautenticidad.

Nos sumamos a un coro que repetía: “¡Occidente!” y tras él la erudición llevó al desarraigo y la cultura a la enajenación.

No se trata, tampoco, de desarrollar aquí un discurso apocalíptico sobre el fin de la literatura, ni de invocar heroísmos verbales que nuestra acción no será capaz de corresponder. Si una realidad dramática se nos presenta es aquella que nos llama a la multiplicación eficiente de nuestras fuerzas creadoras el libro y el mitin, la enseñanza metódica y el artículo clandestino, la obra y esa otra modesta obra de nuestra participación en un proyecto de organización y subversión colectiva

¿Qué nos queda distinto a la intolerancia? ¿Qué vamos a sacrificar la confortable seguridad de la novela en planos coincidentes en el tiempo o el espacio o el lindo cuento elíptico? ¿Que los sacrificaremos? ¿QUIEN sacrifica a quien? Entre la sofisticación y los pudores aristocráticos de la palabra se trata de sacrificar lo que hasta ahora se ha dado en llamar “creación literaria”. En tanto, habrá que plantearse la literatura como un problema de cultura. Es decir, un producto que funcione dentro de las relaciones simples y complejas que mueve nuestra colectividad, en el seno de una despiadada lucha de clases.

Lo que hasta ahora hemos llamado la cultura ha sido el usufructo y la expresión de nuestros privile-

gios. También la conciencia nos ha pertenecido y desde ella elaboramos un producto que volverá, convertido en objeto de mercado, a un consumidor hecho (des-hecho) por la élite ¿Por qué no, despojados de soberbia, considerar que fuera de la élite un pueblo construye formas culturales (en la defensiva o en la ofensiva, ante un medio represivo de sus auténticos valores) y que estas formas sobrevivirán más allá de los temporales y esquivos buceos de la experimentación literaria?

Desde la revolución en marcha se nos suele decir “La revolución ha convertido a una mayoría iletrada en letrada, le ha dado instrumentos culturales, no hay por qué negarle, ahora, la posibilidad de llegar a nuestras obras, que durante tanto tiempo fueron monopolio o privilegio de la élite” Pero y si, tras un proceso de alfabetización y un posterior estado de participación activa en la cultura, a esta mayoría nada le dijeran esas obras guardadas para la hora del paternalismo? ¿Y si en esa tregua que va de la subversión a la revolución y de ésta a la descolonización de la inteligencia popular, la cultura empezara a ser otra cosa? Si el cuadro que estuvo en la casa del magnate o el libro que no bajó de las estanterías dejaran de ser parte de SU nueva cultura?

Una discusión, que no terminará en mucho tiempo, seguirá ocupándonos: ¿Podrá la cultura seguir siendo creada sólo por una élite que, incluso en la revolución, resol-

verá el problema de la creación a un simple nivel de mecanismo individual?

La situación conocida como cultura de masas tiene lugar en el momento histórico en el que las masas entran a participar de las cuestiones públicas. Estas masas han impuesto a menudo hechos propios, han hecho valed en diversos períodos históricos exigencias particulares, han puesto en circulación un lenguaje propio, han elaborado, pues, proposiciones que emergen de abajo. Pero, paradójicamente, su modo de divertirse, de pensar, de imaginar, no nace de abajo: a través de las comunicaciones de masas, todo ello le viene propuesto en forma de mensajes formulados según el código de la clase hegemónica. Tenemos así una situación singular: una cultura de masas en cuyo ámbito un proletariado consume modelos culturales burgueses creyéndolos expresión autónoma propia<sup>3</sup>

SI EN LA REVOLUCION la creación de instituciones culturales abre la posibilidad de selección y distribución de nuevas formas culturales, la misma situación se hace imposible en períodos de toma de conciencia o subversión. Las instituciones culturales sirven a un orden de privilegios y en casos más o

---

3 Eco, Umberto, *Ibidem*, p 30.

menos demagógicos a un paternalismo estatal. No se trata, pues, de hacer posible instituciones revolucionarias en países que no viven aún la revolución. Si por una parte contamos con la posibilidad de crear hombres dotados, política y culturalmente, para la revolución, por otra tendremos que considerar la necesidad de provocar en el pueblo sus posibilidades creadoras, su imaginación participante, sus fuerzas y su inteligencia para un proceso que ya no será privativo de la élite sino de toda la colectividad. En el mismo momento en que se cumple una tarea intelectual de concienciación de las élites hacia las masas, se realiza la creación de cuadros culturales capaces de enfrentarse a las contradicciones que desencadena, en toda su superestructura, una revolución.

La experiencia cubana, por ejemplo, nos ha enseñado cómo, asombrada y perpleja, una intelectualidad empezó a vivir, a partir de desgarramientos políticos y culturales, un proceso que no estaba previsto en su tradicional trabajo de élite. Si bien es cierto que lo más representativo de las dos o tres generaciones que convivían en los años cincuenta eludía toda participación en la dictadura, más cierto es aún que su gesto sólo traducía un aristocrático empeño defensivo. No se oficializó. Tampoco se revolucionó. Los contados casos de intelectuales participantes en la lucha estaban al margen de lo que entonces constituía la élite en la cultura cubana.

El desgarramiento de estos hombres supo ser canalizado por una política cultural carente de dogmatismo. Este precedente, aun con la posterior agudización de la lucha ideológica, supo arrebatar la simpatía de una intelectualidad liberal en el continente. En esta simpatía, sin embargo, continuaba expresándose un sentimiento de privilegio que la experiencia revolucionaria, en sus comienzos, dejaba inalterado. Según él, la generosidad de la revolución con sus intelectuales era el pago a un respeto previsible hacia los “hombres de cultura”: que las debilidades y vacilaciones de un “hombre de la calle” fueran combatidas por la colectividad participante en el nuevo proceso de producción y politización, correcto. No, no era el caso con los intelectuales. Con ellos la tolerancia tendría que llegar a los límites de la complicidad —parecían decirse en la América Latina los “simpatizantes” de la revolución.

Ahora bien a partir de la experiencia cubana, la conciencia de la élite se ha removido. Esta élite, en muchos casos, sabe que su futuro en la revolución no está en la inversión de los papeles (de marginado y despreciado pasará a privilegiado del nuevo orden) sino en la voluntad de servir en un proyecto de remodelación social en el cual sólo será una pieza, como lo será el cuadro político, el obrero calificado, el profesor universitario o el técnico incorporado a la revolución.

En doce años, sectores conscientes de nuestra intelectualidad han pasado de la conciencia pequeño-burguesa a la militancia revolucionaria y en casos muy excepcionales el exilio ha sido escogido no por MALESTAR existencial (como sucedió en la Cuba de los años 50) sino por física represión policíaca (Cualquier conceptualización que se haga alrededor del llamado “exilio voluntario” tendrá el significado de una “mala conciencia” en busca de justificación).

Esta antiélite sabe que juega un papel de PROVOCACION pero espera que, en el curso de la revolución, su vocación francotiradora sea reemplazada sustancialmente por el pleno uso de sus facultades creadoras, por una voluntad didáctica y, en algunos casos, por una necesidad que aplaza, provisoriamente, hasta a la misma creación artística. Es el momento del conflicto más desgarrador frente a un nuevo tipo de conciencia que se anuncia “La conciencia del revolucionario se caracteriza, frente a la de quien no vive el proceso de la revolución, por haber pasado de la actitud individual a la colectiva. Este es un hecho traumatizante, del que cada uno de nosotros puede dar testimonios fehacientes en su vida, y por supuesto en la expresión que pretendernos darle a nuestras obras personales”<sup>4</sup>

---

4 Fernández Retamar, Roberto: “Diez años de Revolución: el intelectual y la sociedad”, Revista Casa, La Habana, N° 56,

Si el ejemplo cubano, en su proceso no carente de traumas y contradicciones, ha sido esclarecedor, también ha sido el punto en el cual muchos escritores e intelectuales definieron su verdadera o ficticia vocación revolucionaria.

Brecht decía (en otros términos) que a la burguesía le fascinaba verse criticada en el teatro. Durante mucho tiempo, un gozo casi perverso nos ha llevado (a los escritores) a otra forma de fascinación: las críticas que lanzamos desde nuestras obras santifican nuestra silenciosa subversión. A partir de este momento quedamos ungidos de un poder revolucionario incuestionable. No satisfechos con este deleite, que bordea el lugar común, proclamamos ¡Toda literatura es y será subversiva, en cualquier orden social! Sólo faltará gritamos ¡Para llegar al clímax de nuestro onanismo!: ¡Todo el poder para la literatura!

En el fondo, una mentira, disfrazada de ilusión y traducida en ingenuidad, nos hace olvidar que esa subversión no subvierte o que, en muchos casos, es sólo el coqueteo que hacemos entre convencidos. No es que la literatura deba renunciar a una esencia crítica. Se trata de que los escritores renunciemos a esa mentira según la cual —en el orden de las relaciones de una cultura de clase— LA OBRA define nuestra condición revolucionaria.

---

1969, p 31.

El intelectual que cumple —ha escrito Fernández Retamar<sup>5</sup>—o cree cumplir una función crítica permanente en el seno de la sociedad capitalista, se considera “idealmente” desvinculado de su sociedad: “en la práctica”, permanece con frecuencia integrado al sistema, que lo retiene y usa a través de sus editoriales, revistas, incluso en algunos casos, premios, cargos, etc. Su crítica suele ser meramente “ideal”, suele carecer de eficacia práctica. Por ello, mientras no traspase ciertos límites —que sí traspasa el militante consecuente—, el sistema lo tolera y a veces hasta lo estimula, y el supuesto crítico puede darse buena conciencia pretendiendo ejercer una virulencia que no pasa de ser verbal. Como se siente alienado, extrañado “idealmente” de esa sociedad, confunde, a menudo honestamente, esa seudomarginalidad (en realidad, esa situación ornamental en que se lo coloca) con una desvinculación real de que en la práctica carece: el sistema, por cuestiones respiratorias, tiene un sitio para esa “crítica”: le “toca” a él hacerla.

Si en los países capitalistas altamente desarrollados, los escritores e intelectuales suelen contar con mecanismos de propaganda (editoriales, revistas, periódicos, publicaciones periódicas de partido y hasta con ciertas “ventajas” brindadas por la elasticidad de la democracia burguesa), en la Amé-

---

5 IBIDEM

rica Latina —sólo contadas excepciones— estos mecanismos son privativos, a un nivel de monopolio absoluto, de la intelectualidad de la clase dominante. Si en los primeros países es posible hallar sectores de la clase obrera dispuestos a traducir a escalas más generales de su clase los “mensajes” de la élite intelectual, en nuestros países las “vanguardias” del proletariado, acosadas por la represión, no pueden, FÍSICAMENTE, cumplir este ciclo de relaciones.

Tal vez sea posible considerar el carácter revolucionario de la obra cuando ésta cuenta con los suficientes mecanismos de acceso, cuando cumple un destino en los sectores receptivos. Podrá hablarse de funciones específicas y cada una de estas funciones tener su calificación en la escala de valores revolucionarios. Sin embargo, en más de un país europeo y en más de una organización revolucionaria de los Estados Unidos, la decisiva participación de escritores e intelectuales en la vida sindical o en las organizaciones de base ha sido la definición de su auténtica vocación revolucionaria.

Muchas veces, en la América Latina, los escritores suelen olvidar que estos mecanismos de circulación ideológica o política son precarios, sus mensajes se quedan flotando en la reducida élite que consume las revistas especializadas o NEUTRALIZADOS en las páginas de algún periódico de generosa liberalidad que ha aceptado

la publicación fragmentaria de sus declaraciones o pronunciamientos políticos. Se plantea así otra necesidad: la creación de instrumentos de propaganda independientes a los tradicionalmente controlados por el poder y la clase dominantes. Sólo así, en un nivel de eficacia considerable, la palabra puede llegar a subvertir una conciencia, a condición de que esta palabra se dirija a los sectores potencial o realmente revolucionarios. Hemos visto, en los últimos cinco años, el nacimiento de un cine revolucionario y militante, producido al margen de la industria cinematográfica. Creado con instrumentos técnicos precarios, este cine ha sido elaborado no sólo como una violenta ruptura con el producto comercial, sino como un eficaz instrumento de concientización y provocación revolucionarias. ¿Dejan de ser MENOS realizadores Fernando Solanas o Jorge Sanjinés al lado de los inefables realizadores argentinos o mexicanos adheridos a una industria de embrutecimiento, con instrumentos técnicos avanzados y circuitos de distribución perfectamente sincronizados? Es cierto: la característica más o menos masiva del cine permite este grado de eficacia política y de intransigencia técnica registrado en films como “La hora de los hornos” Pero, también, dentro de su trabajo específico, allí hay hombres rompiendo con una concepción aristocrática del trabajo cinematográfico, elaborando un producto a partir de la auténtica cultura del futuro latinoamericano la revolución.

Finalmente, dentro de este apretado conjunto de notas, restarían algunas conclusiones para prolongar esta discusión. La primera, un replanteamiento del concepto de cultura. La segunda, el funcionamiento del escritor en este concepto, que lleva implícita relaciones extraliterarias como el mercado, el potencial receptivo, la utilización elitaria del libro, los mecanismos mistificantes de la crítica, etc. Una tercera, el esclarecimiento —a nivel de estructura de clases en la América Latina— de funciones en tareas revolucionarias asignadas al escritor dentro de un proyecto de concientización y subversión “Hoy hasta los reformistas y las derechas exigen dramáticamente una “reforma agraria” y si la revolución social les pone los pelos de punta, la revolución semántica los embriaga: todos hablan, o tratan de hablar, el lenguaje de las izquierdas”, ha escrito el crítico cubano Ambrosio Fornet (7)<sup>6</sup>. Mi cita no es caprichosa dentro de las tareas específicas que se plantean al escritor latinoamericano está la de desenmascarar el grado de demagogia movido en los últimos años por la intelectualidad del orden dominante, acosada por el proyecto de subversión continental. Para tal tarea, no sólo se hace necesaria una desliteraturación de la literatura sino la adopción de un rigor investigativo y de una firmeza ideológica capaz de desentrañar

---

6 Fornet, Ambrosio: “NewWorld en español” (Diez años de la) Revista de las Américas, La Habana, 1970, p 155

los complejos mecanismos de penetración cultural elaborados por el imperialismo y difundidos por los aparatos de comunicación masiva de las clases dominantes. Menospreciar la funesta y tramposa existencia de los medios masivos de comunicación y su función de mensajes reaccionarios y embrutecedores es desconocer que, muchas veces, las virtudes organizativas de nuestros enemigos son superiores a las vacilaciones, confusión, caos o infantilismo de nuestra militancia revolucionaria.

Si la tarea de descolonización cultural exigió y sigue exigiendo a Cuba revolucionaria una gigantes-

ca tarea en toda su superestructura, esta misma experiencia puede y debe plantearnos en la actualidad obligaciones que van desde la estructuración de una vanguardia cultural hasta la actividad de ésta en todos los niveles de la vida política y social de nuestros países. Y lo que sí es cierto, en las actuales circunstancias de la lucha revolucionaria en la América Latina, es que una vanguardia cultural no se esboza ni se conforma separada de la vanguardia política que lleva adelante su enfrentamiento contra el imperialismo, el neocolonialismo y sus derivaciones nacionales representadas en las oligarquías criollas.